

La cosmovisión religiosa andina y el rito de la Capacocha

The Andean religious world view and the rite of the Capacocha

Recibido: 10/09/2009
Aprobado: 05/10/2009

María del Carmen Martín Rubio
Universidad Complutense. Madrid
macarmen1551@terra.es

RESUMEN

A raíz de los recientes descubrimientos de ofrendas de niños y niñas de escasa edad en las altas cumbres nevadas del Perú, Chile y Argentina, decidí profundizar las investigaciones acerca de las motivaciones, patrones de comportamiento y las prácticas rituales que acompañaron a esta forma de sacrificios humanos a las deidades andinas. Basamos nuestros estudios en la versión de una serie de arqueólogos y cronistas, especialmente Betanzos, quien narra con lujo de detalles, cómo estos niños eran «enterrados vivos por todos los lugares, donde había estado el inca, mil niños y mil niñas de cuatro y cinco años». Se describe a «la niña de Tanta Cachua», hacemos un detenido análisis de «la momia de Ampato: 'Juanita'», «Las momias de Salta», la mujeres y niños acompañantes en la muerte, y por último, se señala la supervivencia del ancestral culto a los Apus.

PALABRAS CLAVE: Capacocha, ritual, teocracia, ofrendas, ajuar funerario, culto.

ABSTRACT

Following recent discoveries of offerings from small children age into snow-covered mountains of Peru, Chile and Argentina, decided to intensify the research on the motivations, behavioral patterns and ritual practices that accompanied this form human sacrifices to Andean deities. We base our studies on the release of a number of archaeologists and writers, especially Betanzos, who narrates in detail how these children were «buried alive by all the places where the Inca had a thousand children and four thousand girls and five years. « He describes «the girl Cachua Tanta», we give a detailed analysis «Ampato's mummy 'Juanita',» «The mummies of Salta, the women and children companions in death, and finally identifies the survival of the ancestral worship of the Apus.

KEY WORDS: Capacocha, ritual, theocracy, offerings, grave goods, cult.

El encargo de intervenir en una mesa redonda, con el fin de hablar sobre «momias andinas», me llevó a conocer los enterramientos de niños descubiertos recientemente en algunas altas cumbres de montañas peruanas y argentinas. Los rostros serenos de aquellos niños, que parecían dormidos pero que estaban muertos, me causaron tan gran impresión que, a partir de entonces, sentí la imperiosa necesidad de averiguar, más a fondo, las motivaciones que, hace casi seiscientos años, tuvieron los pobladores de los Andes para drogar y enterrarlos vivos en obsequio a sus deidades, bajo el rito de la Capacocha. De ahí que decidiera ampliar mis básicas nociones sobre estos enterramientos y sobre el rito ceremonial que los acompañó.

Bajo el resultado de mis investigaciones, en las presentes páginas voy a intentar exponer los patrones de comportamiento, por los que se rigieron las antiguas gentes andinas, que realizaron aquellas ofrendas humanas y, asimismo, los que todavía existen en algunos lugares donde se siguen realizando. Pero como nuestra mentalidad occidental no nos permite comprender estas prácticas rituales, antes de adentrarnos en su cosmovisión religiosa, parece necesario hacer una somera reflexión histórica, aludiendo a las formas de vida surgidas durante la etapa prehistórica en los pueblos que habitaron el sur del continente americano, con especial incidencia en los rasgos ecológicos que gravitaron sobre ellos.

EL ESTADO INCA

El sistema montañoso de los Andes se halla formado por elevadas cordilleras, profundos valles y extensos altiplanos. Aunque los valles son productivos, en general, presentan una naturaleza pobre y de condiciones climáticas poco favorable para el desarrollo de la vida humana. Sin embargo, desde tiempos inmemoriales, los hombres y mujeres aborígenes se impusieron a la ardua ecología mediante la creación de una sólida economía agraria basada en pisos verticales, es decir: cultivaron en las tierras planas y sobre los cerros; en éstos fabricaron andenes semejantes a los que actualmente se contemplan en Machu Picchu, Ollantaytambo, Pisac y otros muchos lugares de Perú. De esa forma, obtuvieron una agricultura rica y variada, cuyos principales productos fueron el maíz, la papa, la quinua y la coca, que fue acompañada por una extensa red ganadera, ubicada fundamentalmente en las tierras altas.

Aprovechando esas peculiares características, de entre los muchos pueblos dominadores del área, los Incas formaron un gran Estado expansivo, en el siglo XV de nuestra era, que abarcó más de cuatro mil kilómetros: desde el sur de la actual Colombia hasta el norte de Chile, comprendiendo las repúblicas de Perú, Bolivia, Ecuador, parte de Chile y Argentina. Este Estado, llamado Tahuantinsuyo, nombre que aglutinaba a las cuatro regiones en que se dividió el mundo andino: Antisuyo, Collasuyo, Chinchaysuyo y Contisuyo, sin el conocimiento de la escritura,

la rueda y el hierro, marcó su huella a lo largo de todos los territorios conquistados con impresionantes caminos, palacios, templos y conventos; estos últimos destinados a las acllas o vírgenes del Sol. Recopilando todas las culturas creadas por civilizaciones más antiguas, constituyó un gobierno, especie de pirámide, en el vértice de la cual se hallaba el Inca, quien actuaba de intermediario entre el pueblo y el Inti, el dios Sol, del que se consideraba hijo, facultad que le convirtió en el máximo mandatario del Imperio.

El Inca gobernaba ayudado por parientes directos que gozaban de grandes privilegios; solían ser nobles de su propio linaje agrupados en las llamadas panacas reales, que ocupaban los cargos más importantes de la sociedad en calidad de capitanes, sacerdotes y funcionarios; labores que ejercían desde los centros urbanos. En cambio, las gentes comunes, los runas, que vivían junto a sus tierras de cultivo en humildes moradas de adobe y paja, eran consideradas como una unidad de producción al servicio de la comunidad, por lo que estaban obligadas a entregar al Estado contribuciones en fuerza de trabajo y especies, ya que no existió la moneda. De ahí que todos los hombres trabajasen, desde los dieciocho a los cincuenta años, en las obras públicas programadas por el Estado, que integrasen los ejércitos y laborasen las tierras del Inca y de Sol durante turnos obligatorios, llamados mita, y además las pertenecientes a sus propias comunidades, denominadas ayllus. Las mujeres también trabajaban: cultivaban tierras, tejían la lana de las llamas o alpacas y hacían las labores domésticas. Los tributos en especie, que entregaban las familias, eran llevados a almacenes estatales, desde donde se distribuían según las necesidades de cada lugar y de los ayllus.

El sistema social incaico fue totalmente jerarquizado y rígido; además mantuvo muy grandes diferencias entre unas clases y otras, puesto que si bien estuvieron cubiertas todas las necesidades básicas de los individuos, éstos no podían acceder a la propiedad privada, ni poseer riquezas, mientras que los gobernantes tenían tierras y gozaban de grandes privilegios; por tanto, la igualdad sólo existió entre personas de la misma categoría.

LAS CREENCIAS RELIGIOSAS

El orden jerárquico estuvo tan altamente potenciado que llegó a imponerse con gran fuerza en el terreno de la religión: los runas, sólo podían adorar al Inca y a las huacas, que eran elementos naturales ligados a la agricultura, como el sol, la luna, las estrellas, el arco iris, el trueno, el rayo, el agua, la tierra llamada Pachamama, los montes llamados apus: señores del agua, etc., mientras que la elite conoció a Viracocha, un dios superior carente de representación material.

Amparado en ese concepto teocrático paternalista, el Estado encontró su principal apoyo en las creencias mágico-religiosas, dirigidas por sacerdotes y muy

relacionadas con la naturaleza; de ahí que dedicase innumerables fiestas al sol, a la luna, al rayo, etc., y a los incas gobernantes con el fin de honrar los triunfos alcanzados en las guerras, o a la hora de su muerte, en impresionantes funerales llamados purucayas¹. Las más importantes fueron la del Hatun Raymi, celebrada en el solsticio de diciembre, y la del Inti Raymi, en el de junio.

En estas fiestas las gentes prodigaban voluntariamente toda clase de dádivas a los dioses y al Inca. Mas, junto a los tributos voluntarios, había otros obligatorios de personas, cuyo número dependía de las ofrendas establecidas por el Estado, quien se consideraba dueño de la vida de los ciudadanos. Con tal fin, las familias, sin tener opción a negarse, estaban obligadas a entregar anualmente niños y niñas de hasta ocho y nueve años para que fuesen sacrificados durante las ceremonias religiosas. La cantidad de niñas que se requisaba era mayor que la de niños, dado el importante papel que la mujer jugaba en el engranaje estatal, pues eran convertidas en acllas, así llamadas las vírgenes del Sol; en concubinas del Inca o de los señores importantes, y en mamaconas: especie de monjas que cuidaban del culto solar, de la persona del Inca y educaban a las niñas que llegaban a los conventos, denominados acllahuasis. Otras eran preparadas para ser sacrificadas en honor de los dioses y cuando moría un Inca.

Llegados a este punto es preciso aclarar que, según la concepción andina, la muerte era sencillamente el paso de esta vida a otra; de ahí que enterrasen a los muertos acompañados de sus concubinas y de niños; con ajuares, comidas, bebidas y ropas. Creían que la gente no moría, que se reunía con sus antepasados y, junto a ellos, cuidaban de los familiares que quedaban en la tierra y les ayudaban a tener salud y prosperidad. Consideraban a los niños seres inocentes purificadores de las tumbas, sobre todo, los niños ofrendas, que eran enterrados en tierras lejanas. Estos cumplían la misión de estrechar lazos entre el Cusco y los dioses de aquellos lugares, o la de aplacar las iras de los apus y de la Pachamama, madre de todos los mortales; por tanto, estos niños eran tenidos como elegidos para cumplir una gran misión. Cuando los requisaban se les hacía conocer su destino y sabían que su deber era cumplirlo.

El jesuita Bernabé Cobo relata así el episodio de su elección y educación: *«... A cada provincia se despachaba un juez o comisario nombrado por el Inca, que sólo entendía en este negocio de recoger niñas, guardarlas y enviarlas al Cuzco cuando estaban en edad; y llamábase Apupanaca; el cual discurriendo por los pueblos de su jurisdicción, tenía potestad de señalar todas las que a él le pareciesen hermosas y de buena traza y disposición, desde ocho a nueve años para abajo, a las cuales llamaban Acllas, que es tanto como escogidas y había en cada cabecera de gobernación la suya. Criábanse allí hasta los catorce años en compañía de las mamaconas, que eran las mujeres recogidas y dedicadas al servicio de sus dioses al modo de monjas, o de las*

1 Juan de Betanzos, 2004: 183, cap. XXXI. Parte I.

vírgenes vestales de Roma; las cuales enseñaban a estas niñas todas las obras y ejercicios mujeriles, como tejer lana y algodón, guisar de comer, hacer sus vinos o chicha, con los otros ministerios que pertenecen a mujeres»².

Garcilaso de la Vega afirma que entraban en los acllahuasis las muchachas de sangre real y, como gran favor, las descendientes de curacas, o de gentes comunes, por su belleza, y que los padres tenían «suma felicidad en que les tomasen las hijas para mujeres del Rey, y ellas lo mismo»³.

En el momento en que las niñas alcanzaban trece, catorce o más años, el comisario que escogía el tributo las sacaba de estos conventos ubicados en las provincias y las llevaba al Cusco. La elección se producía anualmente en los días de la fiesta del Raymi; una vez allí, las juntaban y «*las ponían en la presencia del Inca, el cual las repartía luego conforme a la necesidad presente, por este orden: unas aplicaba a los monasterios de mamaconas para enterar el número de las que morían, y éstas profesaban aquél estado, viviendo perpetuamente en clausura y castidad, ocupadas en servicio de los templos del Sol, del Trueno y de los otros dioses que tenían servicio de mujeres*»⁴.

Pero antes de distribuirlas, el Inca escogía de entre todas ellas las más nobles y hermosas para criadas, o mancebas suyas, y repartía otras muchas entre sus capitanes, parientes y a cuantos vasallos habían hecho algo trascendente por el bien público, en arte e industria; de esa forma premiaba los hechos importantes realizados en favor de su reino. Recibir una accla de mano del Inca, ponía muy contentos a sus servidores, pues significaba prestigio y un favor muy singular, ya que la mayoría de los hombres deseaban tener varias mujeres, mas sólo les estaba permitida la suya, y únicamente podían conseguir otra mediante donación real.

Sin embargo, este tributo suponía una gran pena para algunas familias que no querían perder a sus hijos y un enorme sacrificio para las mujeres que eran apartadas de sus hogares y entorno habitual. El padre Cobo denota su dureza, especialmente cuando se llevaban a los niños con el fin de sacrificarlos en las honras públicas dedicadas a los dioses y al Inca. En tal sentido relata que a los padres les estaba prohibido mostrar pena cuando sus hijos eran sacrificados. Se les consolaba diciendo que las almas de los infantes así muertos iban a gozar de grandísimo descanso; por eso, algunos ofrecían voluntariamente a los hijos, sobre todo en el Cusco y su comarca, aunque la mayoría tenía mucho dolor al ser concedores de que la muerte les acechaba y también al sentirse privados de la patria potestad cuando encerraban a las niñas en los acllahuasis.

De ahí que la sociedad andina no considerase mal la pérdida de la virginidad en las niñas todavía pequeñas, puesto que ser virgen era el requisito primordial

2 Berbabé Cobo, 1964: 134.

3 Garcilaso de la Vega, 7-12. cap. I-III.

4 Bernabé Cobo, 1964: 134.

para que fueran escogidas y las que no lo eran quedaban excluidas de la elección⁵. No obstante, el gobierno, conociendo esas tendencias y tratando de mantener repletas las casas de las escogidas que, como se ha visto, eran piezas claves de su engranaje estatal y por la necesidad que tenía de entregar tributos de infantes a los dioses en la ceremonia de la capacocha, mandaba elegir a niñas de muy escasa edad, a tan sólo cinco o seis años; así los padres no podían evadirlas por no ser vírgenes.

El cronista indio, Felipe Guaman Poma de Ayala, al describir el calendario religioso de los Incas precisa que se producían sacrificios humanos en los días que se celebraban las grandes fiestas: en junio durante el Inti Raymi, en la siembra de agosto y en la fiesta al dios Sol⁶.

En base a estos testimonios, los arqueólogos y estudiosos sobre la cultura andina sospechaban la existencia de este rito, pero no fue bien conocido por los cronistas. Es Juan de Betanzos quien lo explica, con todo lujo de detalles, al hablar de las honras ofrecidas al Sol por el noveno Inca, llamado Inga Yupanqui y también Pachacuti, cuando terminó de remodelar el templo del astro: Dice «... e los niños e niñas que ansí habían juntado, estando bien vestidos e aderazados, mandólos enterrar vivos en aquella casa que en especial era hecha para do estuviese el bulto del Sol...»; además dice que, a su muerte, fueron emparejados y enterrados vivos por todos los lugares, donde había estado el Inca, mil niños y mil niñas de cuatro y cinco años⁷.

Actualmente, las noticias legadas por Juan de Betanzos, hace casi seiscientos años, han adquirido un absoluto realismo con el hallazgo de las llamadas tumbas altoandinas, en las cuales se comprueba que, en efecto, niños y niñas fueron enterrados vivos como ofrendas a los dioses en el rito de la capacocha. De entre ellas, cabe citar las de Pichu Pichu, Ampato, Sarasara, Ocros, Chinchorro, Urpicha, Chañi y Lluillaillaco

Los niños y niñas elegidos para estos rituales eran guapos y sin ninguna tara física. Durante los doce meses anteriores al sacrificio se les alimentaba con una dieta especial a base de maíz, considerado un producto de elite, y charqui, carne seca de llama, puesto que debían estar sanos en el momento de ser ofrendados. Al cabo de ese tiempo viajaban centenares de kilómetros, desde sus lugares de origen al Cusco, acompañados de los dioses y huacas adorados en su tierra natal, de las autoridades locales más representativas y de las provincias conquistadas. Una vez en la ciudad imperial participaban en gran cantidad de rituales dedicados al Sol, al Rayo, a las momias de la dinastía real reinante y en todos los actos y fiestas organizados por el Estado. Durante estos días, algunos eran sacrificados al dios Sol, o a algún Inca recién fallecido, y el resto, ya concluidas las ceremonias político-

5 Bernabé Cobo, 1964: 135.

6 Felipe Guaman Poma de Ayala.

7 Juan de Betanzos, 2004: 89, cap. XI. Parte I; 180, cap. XXX. Parte I.

religiosas, regresaban a sus pueblos. Desde ellos eran llevados a las cimas de los cerros, considerados dioses protectores y señores del agua, donde eran sacrificados en su honor. Allí los niños-ofrendas iban a ocupar su última morada, después de ser narcotizados para que no sufrieran en el momento de la muerte pero, antes, a su llegada se les vestía con ropas muy ricas y también se organizaban grandes fiestas. Según las creencias andinas, con esas ofrendas se aplacaban las iras de los volcanes en erupción, se honraba al Sol, a los apus, a la Pachamama, la madre tierra, o se veneraba al todopoderoso mandatario del Imperio. Fuese cual fuese la intencionalidad del sacrificio, una vez enterrados, los cuerpos de los niños daban lugar a la aparición de santuarios de altura y se transformaban en huacas de veneración para las gentes de los alrededores. Los siguientes enterramientos corroboran los testimonios reflejados por los cronistas:

LA NIÑA TANTA CARHUA

Uno de aquellos rituales fue el realizado en Ocros, provincia de Ancash. Tanta Carhua era una hermosa niña, de diez años, natural de este lugar. Según se cuenta en leyendas antiguas y relata el sacerdote extirpador de idolatrías, Hernández Príncipe, su padre la ofreció como aclla o virgen del Sol a cambio del nombramiento de cacique. El extirpador de idolatrías al describir los últimos días vividos por la niña, dice que, con tal propósito, fue llevada al Cusco donde participó en las fiestas y ceremonias dedicadas al Sol, al Rayo y a las momias de los Incas pasados y después emprendió el regreso a su tierra natal acompañada por las huacas y representantes locales más notables. Allí la esperaba otra gran celebración, pero al decir de Hernández Príncipe, la niña dijo: «... *acaben ya conmigo que para fiestas bastan las que en el Cuzco me hicieron...*»⁸.

Vestida como una reina, adornada con ricas joyas y acompañada por un suntuoso ajuar ascendió hasta la cumbre de la montaña, donde se encontraba preparada su última morada. Antes de ser enterrada fue adormecida con una bebida especial, tal vez chicha mezclada con otra sustancia, tal vez coca; seguidamente la metieron en un hoyo, excavado a unos tres metros de profundidad, y sellaron la tumba. Los acompañantes volvieron a hacer nuevos rituales y cuando estuvieron finalizados, bajaron a sus casas. Entre ellos iba el padre de Tanta Carhua, ya convertido en cacique por la gracia del Inca reinante, título que desde entonces también ostentaron sus descendientes. Por su parte, la niña se convirtió en una huaca venerada y respetada que protegía a la provincia y llenaba de beneficios a sus habitantes; sin embargo, en la actualidad no se conoce el lugar donde fue enterrada.

8 «*Cartas y relaciones que envió al Señor Virrey al señor Arzobispo de esta ciudad (Lima) el Licenciado Rodrigo Hernández Príncipe*» 1622, en *Extirpación de idolatrías en Perú*. Lima 1920.

LA MOMIA DE AMPATO

Uno de los hallazgos más sorprendentes ha sido el de una joven en la montaña Ampato, ubicada en Cabanaconde provincia de Caylloma, departamento de Arequipa, en 1995. Desde un tiempo antes de esa fecha, el volcán Sabancaya, situado en la misma cadena montañosa, erupcionó durante algunos meses. Como los ríos de lava no cesaban, con el consecuente perjuicio para los cultivos y la ganadería de la zona, intentando aplacar su ira, Pachacuti Inca Yupanqui hizo muchas prerrogativas al apu; entre ellas mandó ofrecer vivos a dos niños y una adolescente.

Aunque los niños debieron ser adorados, por las gentes del lugar, en el santuario que surgió a continuación de haber sido sacrificados, con el paso del tiempo cayó en el más absoluto olvido; tal vez, las dificultades que entraña subir a una montaña de más de 6.300 metros hizo que su culto se apagara poco a poco. Quizá por esta causa, o por otras, lo cierto es que hasta 1990 nada se sabía de la niña-momia de Ampato. En esas fechas, el volcán Sabancaya erupcionó de nuevo y las altas temperaturas, que se produjeron en los alrededores, hicieron que el Ampato comenzase a perder su casquete glacial y que dejase al descubierto algunos restos arqueológicos incaicos.

Cuando el arqueólogo norteamericano, Johan Reinhard, conoció la existencia de estos restos organizó una expedición con el fin de estudiarlos, bajo los auspicios de National Geographic. Ya in situ halló una plataforma artificial en la cima de la montaña, la cual le hizo suponer que se encontraba ante un santuario inca de altura y, efectivamente, el 8 de septiembre de 1995 en el cráter, a unos sesenta metros de profundidad encontró un fardo funerario. Ante el asombro de los científicos, al desenvolverlo quedó al descubierto una adolescente tapada por una manta, helada y en posición fetal. Estaba tan perfectamente conservada que parecía viva y sumergida en un plácido sueño. Sin embargo, la huella dejada en la cabeza por un certero golpe de macana⁹, aclaraba que su muerte no había sido natural, sino debida a un traumatismo encefalocraneal provocado por el arma. Es muy posible que el golpe no causara ningún dolor a la adolescente puesto que, antes de recibirlo, sería anestesiada con chicha y hojas de coca, como evidencian las altas concentraciones de metabolitos de coca que contienen sus cabellos; de ahí el gesto placentero que presenta en el lecho mortuario.

La niña se hallaba vestida con un traje rojo y blanco, confeccionado con tejido de alpaca y abrochado por una especie de alfileres de plata, llamados tupus. Su cabeza se encontraba cubierta por un gran tocado de plumas de guacamayo y los pies calzados con zapatos de cuero y lana bordada. Al lado de la adolescente, que a

9 La macana es una maza de punta afilada.

partir de entonces recibió el nombre de Juanita en honor a su descubridor, Johan Reinhard, aunque también se la conoce por la Dama de Hielo y la Dama de Ampato, se encontraba un ajuar compuesto por varias illas de metal¹⁰, un spondilus envuelto con telas de alpaca o de vicuña, algunos saquitos ceremoniales en cuyo interior había coca, ceramios y otros enseres necesarios para un viaje. Después, a menor profundidad, también fueron encontradas otras dos niñas de 8 y 12 años, que quizá acompañaron en su morada mortuoria a la niña ofrendada y sacrificada para aplacar la virulencia del volcán.

La alta calidad del traje y los valiosos tupus que acompañan a la muchacha indican que no era una campesina corriente, sino que posiblemente su familia ostentó un rango social importante. Tal vez, al tratarse de una niña hermosa y sana, fue elegida para ser ofrecida a los dioses, por lo que desde muy tierna edad debieron de destinarla al servicio del Inca y del Sol; quizás vivió en el acllahuasi del Cusco hasta llegar a la pubertad. A partir de entonces sería preparada para el sacrificio durante todo un año.

Como Juanita conservaba intactos, además de la piel, el pelo y la dentadura, los órganos internos, fue enviada a Estados Unidos, al Jonhs Hopkins Hospital de Baltimore, Mariland, con el fin de realizar estudios que permitieran aportar datos sobre la vida que había llevado quinientos cincuenta años atrás. En dicho hospital, varios médicos le practicaron una autopsia virtual, mediante tomografías y rayos X tridimensionales, la cual proporcionó testimonios sensacionales: había muerto entre 1440 y 1450, tenía sobre 14 años, medía 1,40 metros y sus huesos eran fuertes. Había nacido en la zona de Catahuasi, en la sierra norte de Arquipa; durante su corta vida fue hermosa y esbelta. No padeció ninguna enfermedad, puesto que había sido criada con una dieta buena y balanceada, en la que fueron básicos el maíz y el charqui; incluso se pudo averiguar que el día anterior al sacrificio había ayunado. Si estos testimonios parecieron impresionantes a la comunidad científica, todavía fueron más espectaculares los resultados de las pruebas de ADN, ya que demostraron que la madre de Juanita era de Puno, ciudad situada a unos trescientos kilómetros de Arequipa, pero que su padre procedía de la tribu Ngobe, radicada en Panamá, a su vez emparentada con razas taiwanesas y coreanas, lo que evidencia la existencia de migraciones desde el Caribe al Cusco en épocas prehispánicas y que desde la ciudad imperial, el padre de Juanita se estableció en Puno.

Entre mayo y junio de 1966 Juanita fue exhibida en la sede de National Geographic Society, en Washington, en una cámara que costó medio millón de dólares, la cual estaba provista de ininterrumpidas unidades de energía, blindajes especiales y controladores computarizados que permitían simular con argón (gas

10 Se da el nombre de illa a una alpaca, o vicuña, sentada.

inorgánico) la misma temperatura y humedad que tenía en la cima del Ampato. Su aspecto de persona viva causó un gran asombro en los visitantes. Actualmente se encuentra en el Museo Santuarios Andinos de la Universidad Católica Santa María de Arequipa, también en una urna de congelación preparada para mantener constantemente una temperatura entre 29,2°C y 29,5°C bajo cero. La Dama de Ampato forma parte de los principales atractivos turísticos de Arequipa.

LAS MOMIAS DE SALTA

Más impresionantes son todavía las momias halladas a 6.739 metros de altura en la cima del volcán Llullaillaco, en el departamento Los Andes, provincia de Salta, Argentina, por su asombroso estado de conservación. En 1999 John Reinhard, el mismo arqueólogo que descubrió a Juanita, dentro del proyecto Santuarios de Altura igualmente subvencionado por National Geographic, a un metro ochenta centímetros de profundidad, encontró intactos los cuerpos de dos niñas y un niño de quince, nueve y ocho años, respectivamente. Sus órganos se hallaban ilesos: todavía tenían sangre en el corazón; en los pulmones y en sus estómagos había restos de comida. Aunque parte del cuerpo de una de las niñas se hallaba quemado por un rayo, parecía que estaban vivos, durmiendo un plácido sueño.

Estos niños, igual que Juanita, fueron sacrificados en una ceremonia religiosa, posiblemente durante un mes de diciembre, cuando aquella montaña pierde la nieve, entre los años de 1480 y 1532. Por su expresión tranquila se supone que no debieron sentir ningún dolor a la hora de morir, debido a que, antes de ser introducidos en la alta cima, también fueron drogados con chicha y hojas de coca hasta que perdieron el conocimiento, a lo que ayudaría el mal de altura. Enterrados en ese estado de inconsciencia, perecerían helados bajo el frío glacial de 20°C bajo cero, al poco tiempo de ser sepultados en la cima del Llullaillaco. No presentan, como Juanita, signos de haber recibido un golpe en la nuca, si bien los científicos no descartan un estado de axfisia parcial¹¹. Da la impresión que los niños murieron el día anterior y no hace quinientos años. Las tumbas habían sido rellenas con capas de arena fina granulada y selladas con muros de piedra ligeramente abovedados.

Los estudios antropológicos realizados, muestran que los dos niños menores pertenecían a familias nobles, como Juanita, y que fueron escogidos para el rito de la capacocha, descrito por el cronista Juan de Betanzos, según el cual emparejaban a un niño y una niña, sin ningún parentesco entre sí, y les preparaban cual si se fueran a casar. Lo atestiguan la calidad de sus ropas, sus ricos brazaletes y un ajuar sagrado, que estaba junto a ellos, compuesto por unos cien objetos: estatuillas, en-

11 Entre los científicos se encontraron su descubridor, John Reinhard, y la arqueóloga Constanza Feruti, que participó en el descubrimiento.

seres cerámicos y metálicos. Sin embargo, la joven de quince años no llevaba esos trajes y adornos, por tanto no perteneció a la misma clase social que los dos niños; parece que fue una doncella sacrificada para acompañarles.

Los tres niños debieron salir del Cusco después de haber participado en los rituales celebrados dentro del rito de la capacoche. Caminaron varios meses diez o quince kilómetros diarios con dirección hacia el volcán Lulllaillaco, en fila y línea recta. Muchas personas fueron con ellos hasta aproximarse a la base de la montaña, según muestran los vestigios de un campamento. Otros campamentos, que jalonan la montaña, revelan que allí se despidieron la mayoría de los acompañantes y que sólo un grupo reducido de unas veinticuatro personas, compuesto por el sacerdote, sus ayudantes, algunos allegados y los niños, emprendieron el ascenso a la cima del volcán durante tres o cuatro días. Ya en la cima, pasaron la noche en una choza y al amanecer comenzó el sacrificio: encendieron una gran hoguera y, posiblemente, bailaron entre cánticos ceremoniales. Ese sería el momento en que darían chicha y coca a los niños hasta dejarlos inconscientes.

A continuación el niño fue vestido con una túnica roja y envuelto en un manto. Acto seguido le sentaron en posición fetal, atándole las piernas y el tronco con cuerdas; los brazos dejaron colgando a los lados del cuerpo y colocaron la cabeza entre las piernas. Con esa postura le introdujeron en la tumba, ya preparada de antemano. La niña fue enterrada en la misma posición fetal con las piernas cruzadas, las manos apoyadas sobre los muslos y erguida su cabeza. Posteriormente, cayó un rayo sobre ella y le causó algunas quemaduras en el cuello, hombro izquierdo y tórax. Por su parte, la doncella fue vestida con un traje color café, provisto de una faja en la cintura; también la cubrieron con un manto y en su cabeza colocaron un tocado de plumas blancas. La enterraron casi sentada, con el torso y las piernas flexionadas; las manos juntas. Tal postura causa la impresión de que la joven se hallaba a punto de levantarse.

Parece que los pobladores cercanos al volcán Lulllaillaco rindieron culto mucho tiempo a los niños pero, al igual que sucedió con Juanita y Tanta Carhua, la dificultad de subir a este santuario de altura, haría que su huella se perdiera en la memoria colectiva, a lo que ayudaría la plataforma artificial realizada entorno a las tumbas y el emparejamiento de su suelo con el resto de la superficie; de ahí que hayan permanecido ocultos durante más de quinientos años. En la actualidad, los tres niños se encuentran en un museo de la Universidad Católica de Salta, instalados en cámaras, que mantienen temperaturas constantes de 20° bajo cero.

El descubrimiento de estas momias ha causado gran conmoción. La ciencia ha celebrado el hallazgo, pues mediante sus cuerpos intactos se pueden analizar las enfermedades que existieron hace cinco siglos atrás y cómo han evolucionado; asimismo, la alimentación y algunas formas de vida propias de aquella parte del planeta. Mas, los habitantes actuales de la provincia de Salta califican el descubrimiento de absoluta profanación: consideran que la ciencia ha sobrepasado sus

límites y no ven lícito que haya llegado hasta lo sagrado; creen que nunca se debieron sacar los niños de su enterramiento originario: eran sagrados al haber sido convertidos en ofrendas rituales con el fin de conseguir fertilidad en los campos; unas ofrendas hechas a la Pachamama y al agua. Aducen que la cima de la montaña, al encontrarse muy alta como en el Lluillaillo, provee mejor del precioso líquido a las comunidades cercanas, sin embargo desde que fueron sacados los niños, el volcán casi no recibe nieve y han empezado a tener sequías. Sin duda, en una economía eminentemente agraria, dado el clima árido de los Andes, el agua, además de ser necesaria, significa poder; por ello, según sus creencias, las ofrendas de seres puros: niños y especialmente niñas, fueron acogidas por los apus, dioses y señores del agua, con la máxima satisfacción.

MUJERES Y NIÑOS ACOMPAÑANTES EN LA MUERTE

Además de los niños sacrificados en el rito de la capacocha, cuando fallecía un Inca o un personaje importante, también existió la costumbre de enterrar junto al gran señor a sus concubinas y a niños: éstos para purificar el tránsito a la nueva vida y aquellas para servirle. Algunas de estas mujeres aceptaban con agrado el fatal destino, como ocurrió a la muerte de Atahualpa en Cajamarca, pero otras no deseaban morir y eran obligadas.

El cura Bartolomé Álvarez, doctrinero en Aullagas, Bolivia, escribió en 1588 que, todavía en su época, al morir algún curaca o principal, ciertas mujeres se encargaban de administrar coca y aça¹² a sus concubinas hasta hacerlas morir embriagadas y ahogadas, diciendo: «*come, come y bebe, bebe presto y mucho: has de ir a servir al malco, el señor. Está de partida y has de ir a servirle allá donde va, que si tú no vas, no lleva quien le sirva*». El doctrinero conoció dos casos ocurridos estando él presente en aquellas tierras, uno en Cajamarca y otro en Chuquibamba; en el último la mujer pudo huir y refugiarse en la iglesia del pueblo, donde pidió ayuda al párroco. Así logró salvar su vida¹³.

Las palabras del doctrinero Álvarez cobraron para mí absoluto realismo en septiembre de 2007, cuando encontré la tumba de Paullo, el último monarca inca, en la iglesia de San Cristóbal del Cusco. Después de haber hecho una laboriosa investigación documental durante bastante tiempo, conseguí permiso para excavar en el templo y, tras varios días de trabajo, al igual que en casi todos los enterramientos de niños, a tres metros de profundidad, apareció la tumba al pie del altar mayor, el lugar donde la documentación señalaba que había sido enterrado el Inca. Pero, incomprensiblemente, ante mi asombro y el de todo mi equipo,

12 En aimara, el idioma hablado en Bolivia y parte de Perú, la chicha, o cerveza, recibía el nombre de aça.

13 Bartolomé Álvarez. *De las costumbres y conversión de los indios del Perú*. Memorial a Felipe II (1588). Ediciones Polifemo. Madrid 1998.

la tumba que descubrimos no era cristiana, como correspondía a un monarca que, fallecido en 1549, había recibido el bautismo y había fundado una ermita en honor de San Cristóbal de quien adoptó el nombre. Era un tumba pagana, totalmente incaica, y se hallaba en una iglesia católica.

En la parte derecha, enmarcado en una orla formada con piedras de canto, se encontraba el esqueleto de un hombre de entre treinta y cinco a cuarenta años, la edad aproximada que tenía Paullo cuando murió, y a su lado el de una jovencita. A continuación quedaba un espacio libre, tras el cual se hallaban los esqueletos de dos mujeres de unos cuarenta y cinco a cincuenta años. Encima dos niños, de algo más de un año. Los cuerpos no se habían conservado, como los de los niños en los enterramientos altos, porque no fueron embalsamados y por no hallarse la tumba bajo esas gélidas temperaturas; pero, tal como describió el doctrinero Álvarez, el gran señor estaba acompañado por su concubina principal, la jovencita a la que matarían o se suicidaría, y las dos mujeres mayores, colocadas a continuación del espacio vacío, tal vez para indicar su menor rango, a quienes también habrían matado o se habrían suicidado.

Muchas evidencias indicaban que la tumba había sido saqueada cuando se restauró el templo a consecuencia del terremoto que asoló el Cusco en 1950, por lo que no había ningún ajuar aparte del maxilar de un perro, mas causaba perplejidad, que con estas connotaciones paganas, se hallara en el interior de una iglesia. Pero el hallazgo no era tan chocante si se tenía en cuenta que el cronista Juan de Betanzos había asistido a los purucayas de Paullo, es decir, a las honras fúnebres que todavía se le hicieron en el Cusco un año después de haber muerto, aunque también se le hicieron exequias cristianas. La celebración de los dos ritos era el principio del sincretismo religioso que aún en la actualidad preside el mundo andino, como seguidamente trataré de exponer¹⁴.

SUPERVIVENCIA DEL ANCESTRAL CULTO A LOS APUS

Como cuenta Vargas Llosa en *Lituma en los Andes* el culto a los apus y a la Pachamama sigue vivo en aquellos territorios. Baste decir que, yo misma, por indicación de todas las personas que he conocido en Cusco, incluso de reputados profesionales, antes de empezar algún trabajo, he hecho ofrendas, llamadas pagos, a estas deidades ahora unidas a Jesús, a la Virgen María y a otros santos. La ceremonia se realiza con hojas de coca bajo la dirección de un sacerdote, o sacerdotisa, que pide protección para el trabajo, o negocio, que se inicia y para la persona que lo promueve. En ellos se les ofrece toda clase de productos cotidianos, junto con golosinas, vino, flores, hojas de coca, fetos de llamas, etc.; de esa forma se intenta

14 Juan de Betanzos 2004. 183, cpt. XXXI. Parte I.

conseguir la protección de los dioses y se aseguran buenos resultados. Estos pagos, en los que interviene un sacerdote o sacerdotisa iluminados por la antigua religión aborigen y la cristiana, son una muestra de la magia y el sincretismo religioso que subyace en muchas partes de los territorios andinos.

Pero, en algunos lugares de los Andes profundos, cuando hay catástrofes que ponen en peligro la subsistencia de las comunidades, o no se obtienen los beneficios agropecuarios necesarios, los pagos no son suficientes. En tales casos, al igual que antaño, aquellas gentes suponen que sus dioses están enojados y que sólo pueden aplacar su ira con ofrendas de seres humanos, al igual que hacían los Incas. Recientes investigaciones demuestran que el sacrificio de niños, como dádiva a los apus, todavía se practicaba en 1997: el profesor Oscar Garrido Chiquella, director del proyecto Pradera, descubrió que en la zona de Lupaca, en la selva sureste andina, eran ofrecidas niñas menores de dieciocho años para lograr una buena cosecha o temporada de pesca, y una noticia aparecida en el diario ABC, en la misma fecha, destapaba la sospecha de la existencia del mismo ritual entre jóvenes de ambos sexos en el departamento de Puno, sobre todo en Yunguyo, provincia fronteriza con Bolivia. Aquí, los niños, después de ser embriagados, eran sacrificados y ofrendados al apu Kapia, a petición de algunas personas deseosas de mejorar sus resultados económicos¹⁵.

Esos hechos muestran la irracionalidad y la barbarie de estos mitos, cuando son manejados por grupos de poder, que sin ningún pudor ni arrepentimiento, se adueñan y terminan con vidas ajenas pero, también ponen de manifiesto el realismo mágico religioso que todavía subyace en el mundo andino.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ, Bartolomé (1998). *De las costumbres y conversión de los indios del Perú* [1588]. Memorial a Felipe II. Edición de M^a del Carmen Martín Rubio, Juan José Villarías Robles y Fermín del Pino Díaz. Ediciones Polifemo. Madrid.
- BETANZOS, Juan (2004). *Suma y narración de los Incas* [1551-1557]. Edición de M^a del Carmen Martín Rubio. Madrid: Editorial Polifemo.
- COBO, P. Bernabé S. L. (1963). *Historia del Nuevo Mundo*. Edición del Padre Francisco Mateos en Biblioteca de Autores Españoles [1956]. Vols. 91 y 92. Madrid: Atlas.
- HERNÁNDEZ PRÍNCIPE, Rodrigo (1920). «Cartas y relaciones que envió al Señor Virrey y al Señor Obispo de esta ciudad (Lima)». En *Extirpación de idolatrías en Perú* de Pablo José de Arriaga [1622]. Lima.

¹⁵ Véase ABC. Madrid, 25 de mayo de 1997, p. 68.

POMA DE AYALA, Felipe Guaman (1980). *El primer nueva coronica y buen gobierno* [1615]. Edición de John V. Murra y Rolena Adorno. México: Siglo XXI Editores.

VARGAS LLOSA, Mario (1993). *Lituma en los Andes*. Barcelona: Editorial Planeta.

GARCILASO DE LA VEGA, Inca (1965). *Comentarios reales de los Incas* [1609]. Lima: Editorial Universo.